

KRISTAL, EFRAÍN. *Invisible Work: Borges and Translation*. Nashville: Vanderbilt UP, 2002.

Jorge Luis Borges es uno de los escritores más importantes del siglo XX. Borges fue un traductor a lo largo de toda su vida. Estos dos hechos son harto conocidos y no hace falta repetirlos. Lo que se ignora ampliamente es que esas dos actividades –la de creador y la de traductor- estuvieron íntimamente ligadas para el gran escritor argentino. Esa ignorancia, esa omisión imperdonable, ha sido remediada por el libro más reciente de Efraín Kristal: *Invisible Work: Borges and Translation*.

Este volumen, a la vez compacto y minucioso, tiene un objetivo - y un logro- central: demostrar que las ideas de Borges sobre la traducción y su obra como traductor, son esenciales para entender su concepción del arte literario y su contribución a la literatura. Su título alude a “Pierre Menard, autor del Quijote”, donde el narrador contrasta “la obra *visible* de Menard” con “la otra: la subterránea, la interminablemente heroica, la impar”, esto es: los pasajes de *Don Quijote* elaborados por Menard idénticos a pasajes del *Don Quijote* elaborado por Cervantes. Alude al gusto de Borges por celebrar logros literarios que llamaba *secretos* o *invisibles*. Tiene en cuenta también una afirmación de George Steiner, quien consideraba “Pierre Menard” “el comentario más agudo y más concentrado que nadie haya ofrecido sobre el oficio de la traducción” (véase la Introducción, xiii).

El libro se divide en tres capítulos, una conclusión y un epílogo. El primer capítulo detalla las ideas que Borges desarrolló sobre la traducción: de la forma en que entendió y adaptó la polémica Arnold-Newman, a sus singulares comentarios sobre las diversas traducciones de *Las mil y una noches*. El segundo da cuenta de sus métodos como traductor, estudiando las modificaciones, las mejoras y los toques personales que Borges introdujo en algunas de sus traducciones. (El capítulo incluye, deliciosa y provechosamente, un análisis del primer trabajo publicado por Borges, a sus once años: una versión en castellano de “El príncipe feliz”, de Oscar Wilde). El tercero se demora en establecer cómo sus ideas y actividades de traductor informaron algunas de sus obras originales más importantes (“Tlön, Uqbar, Orbis Tertius”, “El inmortal”, “La muerte y la brújula”, “Emma Zunz”...). El epílogo expone una posición no por sencilla menos importante: la

conclusión de que Borges era más un extraordinario fabulador que un filósofo, que la traducción jugó un papel fundamental en su actitud de escritor, y que su recurso a las ideas filosofías se fundaba más en explorar las posibilidades estéticas de éstas que en las íntimas convicciones de un pensador.

Coherentemente, el libro prescinde de supuestos epistemológicos u ontológicos para aproximarse a la obra de Borges. Para deleite del lector, se detiene minuciosamente en el proceso creativo de Borges en relación con la traducción, entendida -en términos bien concretos- como "el proceso por el cual un escritor remodela una secuencia de palabras en otra" (xiii). A salvo de la jerga y abstracciones que han usurpado la inteligencia de la crítica literaria en las últimas décadas, se ocupa de aspectos tan concretos del arte literario que casi pueden tocarse con las manos, o pronunciarse en voz alta. Sus escasas 145 páginas (más 45 de notas) les parecerán avaras a algunos; nosotros las creemos una de sus virtudes capitales: lo que le falta en extensión lo gana en precisión.

Permítaseme brindar al lector otros juicios exactos y justos sobre este libro, emitidos por voces más autorizadas que la mía: "El estudio riguroso y detallado de Efraín Kristal de las traducciones de Borges, aclara dramáticamente cómo éstas encarnaban toda su concepción de la literatura: que toda escritura es una forma de reescritura, que los escritores son esencialmente recreadores" (Alastair Reid). "Una expansión innovadora de los campos de estudios de la traducción y la literatura comparada" (Suzanne Jill Levine). "Efraín Kristal ha sacado a la luz hasta qué punto los métodos de Borges como traductor... intervienen en la concepción y ejecución de sus ficciones" (Saúl Yurkievich). Convento plenamente con esos comentarios.

Por mi parte, sólo quiero notar una virtud y una recompensa adicionales de este estudio. La virtud es la siguiente: su argumento es tan persuasivo que convierte en obvia una idea novedosa. Al comenzar, el lector puede ignorar todo lo referente al desatendido tema; al terminarlo, relea la afirmación siguiente: "Veo la traducción como algo más central a la literatura de Borges que los celebrados laberintos, espejos, tigres y enciclopedias que abundan en su mundo literario" (xxi), y piensa: ¿cómo no se me había ocurrido antes? En cuanto a la recompensa, el lector agradecerá la sensación de mayor intimidad con la obra de Borges que apenas una lectura le depara.

Wilmer Rojas
University of California, Los Angeles